

mundo gráfico



En este número:

Barcelona en el aniversario de la muerte de Maciá.

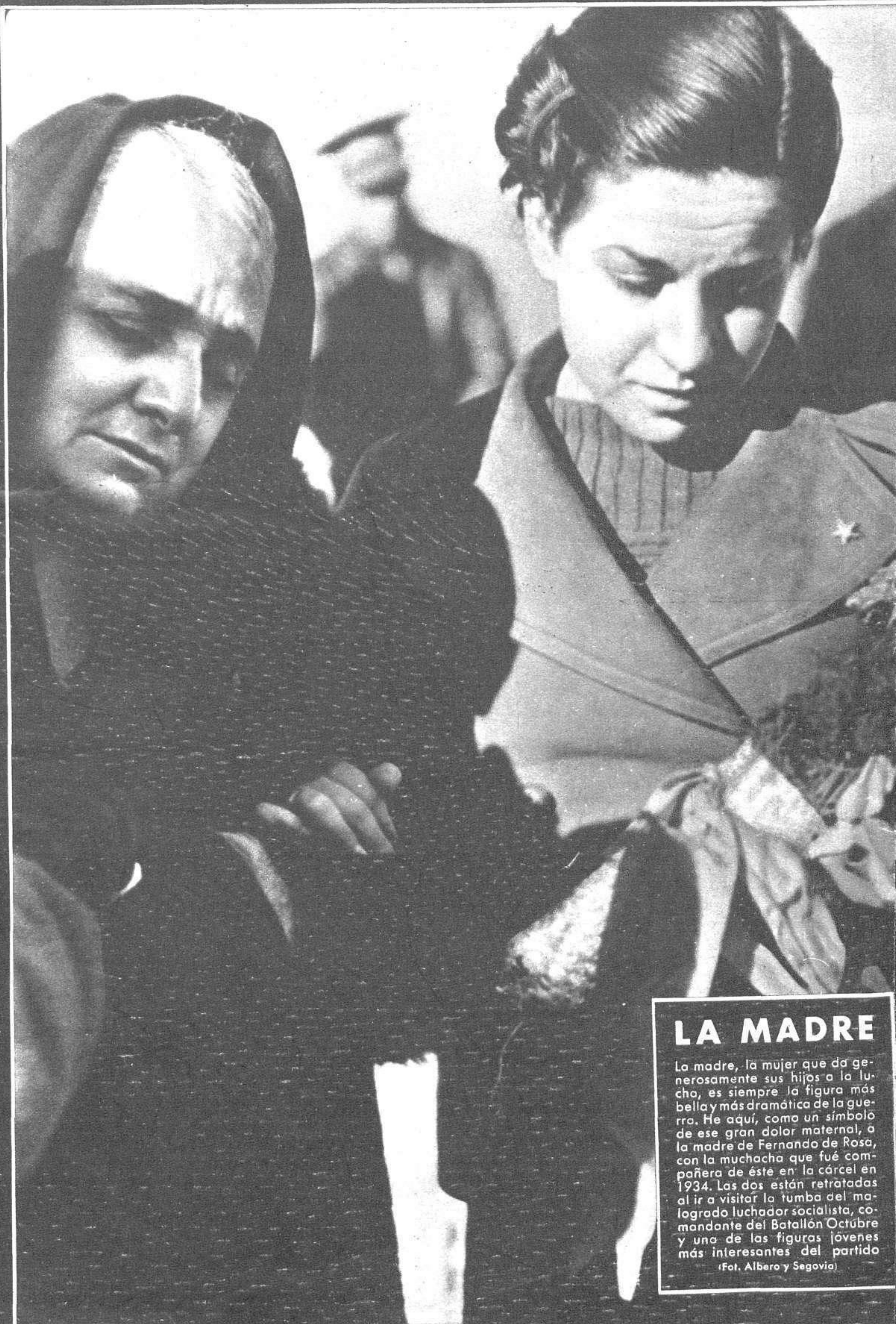
Valencia da juguetes a los hijos de los combatientes.

Imágenes de Stalin en el Congreso de los Soviets.

¿Qué héroe popular recuerdas con más emoción?

La Cruz Roja Internacional puede informarle sobre el paradero de la persona que usted desea.

La guerra desde fuera de España.



LA MADRE

La madre, la mujer que da generosamente sus hijos a la lucha, es siempre la figura más bella y más dramática de la guerra. He aquí, como un símbolo de ese gran dolor maternal, a la madre de Fernando de Rosa, con la muchacha que fue compañera de éste en la cárcel en 1934. Las dos están retratadas al ir a visitar la tumba del malogrado luchador socialista, comandante del Batallón Octubre y una de las figuras jóvenes más interesantes del partido.

(Fot. Albero y Segovia)

Miércoles, 6 de Enero de 1937

AÑO XXVII
Número 1314
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID





En el día del aniversario de la muerte de Maciá, los milicianos catalanes daban guardia a la tumba, materialmente cubierta de flores

BARCELONA

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MACIÁ



Indalecio Prieto, Companys y otros políticos se dirigen hacia la tumba del primer presidente de la Generalidad



Don Luis Companys deposita un ramo de flores en la tumba del que fue su antecesor en la presidencia de la Generalidad



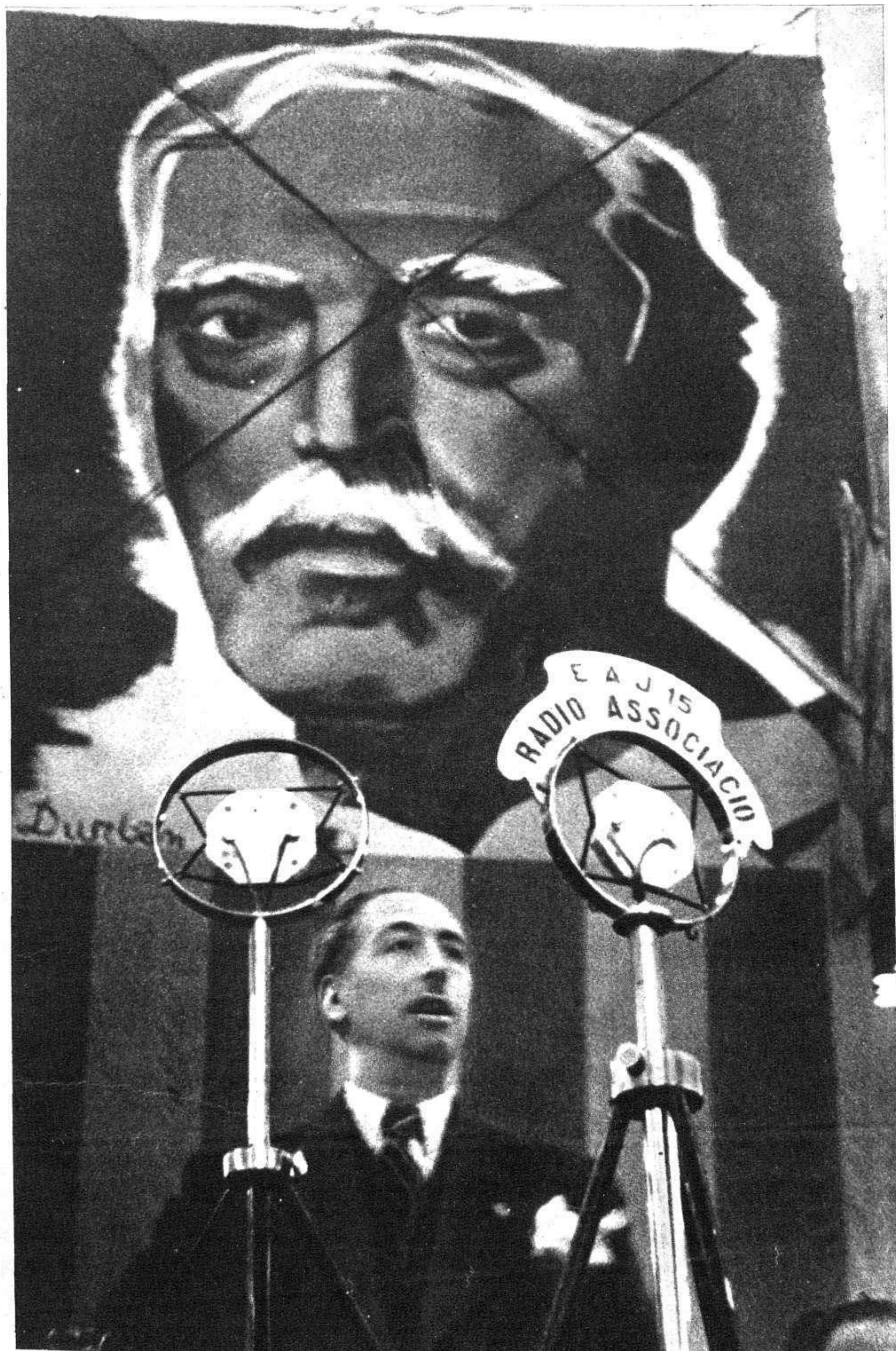
Durante todo el día no cesó el desfile de personas ante la tumba de Maciá
(Fots. Torrents y Merletti)



Este chiquitín hace también su ofrenda de flores sobre la tumba de don Francisco Maciá

LOS HOMBRES DE LA ESQUERRA

en el homenaje al primer
presidente de la Generalidad



Al cumplirse el III aniversario de la muerte de Macià, se celebró en el Palacio de Bellas Artes, de Barcelona, un acto, en el que tomaron parte las más destacadas figuras de la Esquerra. Ved, a la izquierda de nuestra página, a don Luis Companys en un momento de su discurso, bajo el enorme retrato de su antecesor en la presidencia de la Generalidad. A la derecha, de arriba abajo, los otros oradores: Pi y Suñer, Ayguadé, Sbert, Terradellas y Corominas

(Fots. Torrents)

Imágenes de Stalin en el Congreso de los Soviets



Dos expresiones de Stalin durante el VIII Congreso extraordinario de los Soviets, que se acaba de celebrar en Moscú, en el Palacio del Kremlin, para votar los artículos del texto definitivo de la nueva Constitución soviética (Fots. Yubero y Benítez)

EL Comité Ejecutivo de la U. R. S. S. ha condecorado con la Orden de Lenin a la fábrica número 21, de Moscú, otorgando también condecoraciones de otras

Sugestiones de la guerra

Todos "obreros de choque"

clases a gran número de obreros de dicha fábrica, con premio a su magnífica producción de aviones de ca- rápidos.

Asimismo ha sido condecorada con igual Orden la fábrica número 19 y muchos de sus obreros, por haberse distinguido en la fabricación de motores de aviación y haber realizado antes del plazo fijado el pleno de producción de los años 1935 y 1936.

Es Rusia el único país del mundo donde el trabajador alcanza esta clase de jerarquías oficiales. En Rusia existe el título de *ujardi*, especie de «legión de honor del trabajo». El *ujardi* u «obrero de choque» es un ciudadano privilegiado. Su privilegio no tiene por origen la herencia o el favor. Es una conquista individual, inalienable e intransferible. Honroso entorchado que no se otorga por el mero cumplimiento de la obligación ineludible, sino que es el premio a la iniciativa personal, al demostrado afán de superación en la labor y, sobre todo, al entusiasmo y al amor por el trabajo.

El «obrero de choque» no es sólo el que trabaja más, sino el que trabaja mejor y, principalmente, el que sobre la cantidad y la calidad de la tarea pone la voluntad constante de superarse, el afán de perfeccionar su obra, dando a la tarea más penosa un sentido fecundo de creación y de perennidad.

He aquí los gérmenes, en la patria de la suprema democracia, de una nueva aristocracia, la única legítima y permisible, la que nace del propio esfuerzo, de la propia inteligencia, de la fatiga fecunda del hombre que se afana en ser útil a los demás.

La máquina y el hombre, la fábrica y el obrero, como en otro orden el artista y su obra, el científico y su tarea, reciben la consagración oficial, el homenaje, la condecoración que, justificada en un hecho inmediato y evidente que redunde en beneficio de la colectividad, pierde su significado de privilegio de casta, su aparato frívolo de ostentación de vanidad.

El «ganarás el pan con el sudor de tu frente», interpretado durante siglos como un castigo de la divinidad, es posible que haya retrasado enormemente el progreso humano. Porque el hombre, por un derecho instintivo de defensa, ha procurado eludir el castigo, suavizarlo, y, en los casos de fortuna, indultarse de él, creyéndose superior cuando la suerte le permitía mantenerse ajeno a la penitencia que sufrían los demás.

Esos premios, esos estímulos al trabajo que otorga Rusia, son quizá los de más profundo sentido revolucionario. En los hombres, como en la Naturaleza, obra el fenómeno del mimetismo. La imitación, base de las costumbres, da las normas de la vida. Los homenajes al trabajo, las condecoraciones al trabajador, crean el estímulo, acican el afán humano de la competencia, la noble envidia laboriosa, el deseo de superación, que es el fundamento de todo progreso.

Acaso lo mejor que nos viene de Rusia en estas horas dramáticas sean estos ejemplos estimulantes. Porque quizá en ninguna otra parte como en España sea precisa la formación de esa moral del trabajo, de ese regodeo y satisfacción en la obra bien hecha, pronta y bien acabada. Porque en España, por ancestrales prejuicios teocráticos, el trabajo sigue siendo un castigo y una amaldición. Y hay que acabar con ese prejuicio esterilizador de tantas energías; fomentar en las clases laboriosas la alegría creadora, el placer de la jornada fecunda, el orgullo de la utilidad de nuestra obra. Que el trabajar deje de ser una obligación enojosa o una penitencia bíblica, labor de forzado forzosa y amarga.

Sentir la euforia noble de la misión cumplida, del esfuerzo fecundo, la consciencia de nuestra utilidad en el mundo. Otorgar al hombre que trabaja y sabe por qué trabaja, y para lo que su trabajo sirve, la máxima categoría. Es la manera de acabar con el señoritismo y el parasitismo, lacras de la vida española. El ejemplo que nos viene de Rusia tiene, sobre todo en estos momentos, magnífica trascendencia.

Ante ella se nos antoja algo peor que desmoralizador, porque es ridículo que haya trabajadores que midan su jornada y escatimen el esfuerzo porque la ley tal o cual marca la jornada de equis horas. Hay que aprender de Rusia, donde el obrero privilegiado no es el que con menos trabajo gana más, sino el que trabaja más y mejor.

Instauremos en España, en las fábricas y en los talleres, en las oficinas y en los laboratorios, en el periodismo y en el arte, en todas las actividades de la vida, en fin, esa categoría del «obrero de choque», del que produce más y mejor, y que ésa sea la única justa y digna categoría entre españoles.

JUAN FERRAGUT



El ex ministro Marcelino Domingo, con su señora—la que está en el centro—, con Isabel O. de Palencia y algunas personalidades americanas, durante un acto celebrado en Filadelfia en honor de los visitantes españoles, que se encuentran en Norteamérica en misión oficial relacionada con nuestra guerra civil

La guerra civil española, vista desde el Extranjero

La primera expedición de niños madrileños llegados a Bélgica

Labor de nuestros embajadores en Bruselas y París

El profesor Aznar Casanova ha pasado recientemente por Madrid. La urgencia de las gestiones que le ha encomendado el Gobierno de la República le han impedido prolongar su estancia más allá de unas horas. El ilustre profesor español ha conferenciado con el presidente de la Junta Delegada de Defensa, general Miaja, en torno a cuestiones de alto interés para Madrid. Luego, en compañía de su hija, la inolvidable creadora de las versiones teatrales—francesa y española—de *Muchachas de uniforme*, ha recorrido los lugares devastados por las bombas de la aviación facciosa, y ha regresado de nuevo a Valencia, adonde llegó, desde Bélgica, hace quince días, acompañando a una Comisión de notables personalidades de aquel país.

Con la guerra civil española se ha puesto, una vez más, de manifiesto el hondo españolismo de Aznar Casanova, profesor de las Universidades de Gante y de Lieja y uno de los más finos cronistas de la guerra europea. «Donde Aznar Casanova esté—me decía hace poco un ilustre escritor belga—, habrá siempre una honda resonancia española. El ha descubierto, en la plaza del Burgo, de Brujas, la tumba de Luis Vives. Gran parte del conocimiento de la vida y la obra del ilustre filósofo español en el Extranjero a su labor incansable se debe.»

Aznar Casanova, viejo y entrañable amigo nuestro, ha tenido la atención de dedicarnos unos minutos para hablar de sus gestiones y de cómo se ve la guerra civil española en el Extranjero.

—Mi labor en lo que se refiere a España, más allá de sus fronteras—nos ha dicho—, es bastante amplia. El Gobierno de la República ha tenido la bondad de nombrarme delegado suyo para cuestiones de Sanidad y evacuación en Bélgica, Suiza, Inglaterra y Francia. Aparte de esto, hay en mi gestión una labor de tipo diplomático, de acuerdo con nuestros representantes en esos países, de la que no me parece discreto hablar. Sí quiero hacer constar, porque ello es de justicia, que tanto Araquistain como Ossorio y Gallardo están trabajando por España de modo tan incansable y eficaz que nunca podremos agradecerle los españoles en todo lo que valen sus desvelos.

Conmigo—continúa Aznar Casanova—ha llegado una

Comisión belga, formada por buenos amigos de España. Entre ellos, el doctor Marteaux, el administrador general de los hospitales de Bruselas. Marteaux ha regresado hace unos días a Bélgica, en unión de Trouskey, perteneciente al Comité Mundial de la Cruz Roja, después de haber cumplimentado a la ministro de Sanidad, y yo continúo aquí mis gestiones, cuyo resultado no puede ser más halagüeño.

—¿Cómo se ve en Bélgica la guerra civil española?

—En general, con una gran simpatía hacia nosotros, los republicanos y obreros españoles. La mayoría del país sigue con honda simpatía y emoción la lucha del proletariado de España por su libertad. Aparte los lazos fraternales entre los dos pueblos—no en balde Bélgica y España han estado unidas en muchos momentos de la historia—, Ossorio y Gallardo, nuestro insustituible embajador, ha contribuido de modo poderoso a esta sincera simpatía de los belgas por los españoles que luchan contra la insurgencia militar.

Pero como Bélgica no está formada sólo por hombres amantes de la libertad, aunque así sea en su inmensa mayoría, le pregunto:

—¿Y el rexismo? ¿Tiene allí muchos partidarios? ¿Cuál es la actitud del rexismo frente a la lucha española?

Y, claro, Aznar Casanova, que es, ante todo, un fino diplomático, incapaz de una indiscreción, vacila un momento, y contesta:

—Si te parece, podemos hablar de otra cosa. Yo soy un español que considera a Bélgica como su segunda patria, y no me parece discreto enjuiciar su política interior. Para nuestra satisfacción, es bastante saber que la mayoría del pueblo belga está a nuestro lado con una sincera y profunda solidaridad en estas horas dramáticas.

—¿Ha llegado ya a Bélgica alguna expedición de niños evacuados?

—Sí. Hace un mes llegaron veinticinco, como consecuencia de las gestiones realizadas por el Comité de Defensa de la República española en Bruselas, del que forman parte, entre otros, el camarada Boldú, como presidente, y García Condoy, secretario, en relación con la Casa de España, que preside Jaime Mir. Poco antes habíamos celebrado una reunión con Isabel Blume, dipu-

tada socialista; Trudi Araquistain, hija de nuestro embajador en París, y la hija de Ossorio y Gallardo, para tratar de la evacuación y alojamiento de los niños españoles. El secretario de la Embajada de París, encargado de la repatriación de españoles; Martínez López y el diputado socialista Amós Sabrás, acompañaron a los niños hasta la frontera belga. Allí se hizo cargo de ellos el Comité de Defensa de la República española en Bruselas.

Por cierto—continúa Aznar Casanova—que el momento de hacer la distribución de los niños fué altamente emocionante. Todos los españoles y los belgas, nuestros amigos, querían hacerse cargo de ellos. Fueron repartidos entre familias residentes en la capital y en lugares próximos. Todos los chicos estaban encantados en su nuevo lugar profesional, rodeados de gentes cariñosas que les hablaban en su misma lengua. Sólo un chico protestó. Un «chavea» madrileño de ocho años, que se negó a abandonar Bruselas con un argumento que nos hizo mucha gracia. «Yo soy de Madrid—decía con orgullo—, de la capital de España, y no voy a un pueblo. Yo me quedo en la capital de Bélgica.» Y en Bruselas se quedó, rodeado de las atenciones y el cariño de todos.

—¿Continuarán llegando a Bélgica niños españoles?

—Espero que sí, dada la cordial solidaridad demostrada por aquel pueblo. Si tuviéramos que cumplimentar todas las peticiones que nos han hecho, habría que enviar allí más de cinco mil niños.

Mientras hablamos, el automóvil va recorriendo los lugares de Madrid que han sufrido la crueldad de las bombas de los sublevados. Aznar Casanova, ante una casa derruida, en un lugar alejado del frente de batalla, comenta, como hablando consigo:

—Afortunadamente, ya empiezan a darse cuenta en el Extranjero hasta dónde llega la capacidad de heroísmo y sacrificio del pueblo de Madrid. Pero yo he de contribuir en toda la medida de mis fuerzas a que ese heroísmo sea conocido en toda su intensidad.

A. O. S.



Aznar Casanova comenzando los trabajos para hacer la tumba del gran español Luis Vives—descubierta por él—en la plaza del Burgo, de Brujas, ante las autoridades de la ciudad que cantó Rodenbach

El doctor Marteaux, diputado socialista belga, administrador general de los hospitales de Bruselas, que ha llegado a España, invitado por el Gobierno, para estudiar nuestra Sanidad de Guerra. El doctor Marteaux ha pasado entre nosotros unos cuantos días, acompañado por Aznar Casanova





Valencia reparte juguetes a los hijos de los combatientes

Estos días primeros del nuevo año son los días de los chiquillos. Valencia ha velado amorosamente para que no falten juguetes a sus «chavales». En la gran ciudad acaba de celebrarse la Semana Infantil, durante la cual se han entregado juguetes a los niños huérfanos e hijos de combatientes. He aquí a unos cuantos de esos chiquillos con los juguetes que les fueron entregados

(Fots. Vidal)



Las mujeres de Madrid ante la fiesta de los niños



Las organizaciones femeninas de Madrid han rivalizado en entusiasmo para que en las fiestas infantiles del nuevo año no falten juguetes a los chiquillos. Ved en estas tres fotografías a unas cuantas mujeres de las que con mayor celo han trabajado en estos días para recoger juguetes y donativos con destino a los hijos de los combatientes madrileños

(Fots. Yubero y Benítez)



EL VERBO ES LO PRIMERO

Doce palabras ante el nuevo año

DOCE palabras. Doce palabras de rebeldía han acompañado hogaño el vibrar de las doce campanadas tradicionales de fin de año en el reloj del Ministerio de la Gobernación.

Sermón laico que ha pronunciado Angel Pestaña ante el micrófono de la Radio, esparciendo su voz por todos los ámbitos del mundo.

No entremos—no es éste ni nuestro propósito ni nuestra misión—en el sentido político de las palabras pronunciadas en la ocasión solemne.

Registremos el hecho, como una novedad trascendental, por su sentido íntimo, que es, al mismo tiempo, universal. Porque en el concepto y en la realización, el verbo es siempre lo primero. La palabra antecede a la acción, que sin aquélla no puede ser fecunda. Desconfiemos de los hechos que no tienen su antecedente y su abolengo y su razón en las palabras, es decir, en las ideas.

Angel Pestaña ha hablado al mundo en ocasión señera que toda la Humanidad conmemora. Pese a todos los prejuicios, el mundo aun se rige por tópicos, es decir, por palabras, por concepciones intelectuales y espirituales, por tradiciones que nada puede derrocar.

Un día cualquiera, lógicamente, igual a otro día. Pero hay fechas esmaltadas de prestigio que ni el más iconoclasta se permite eludir. La Navidad, el fin de año... Hitos, puntos de relación en el destino humano, que todos reverenciamos.

La noche última del año tiene un significado universal de balance y de fiesta. Y en esa fiesta, en ese balance, por boca del líder sindicalista—igual pudo haberlo hecho cualquier otro caudillo—, España ha impuesto su voz. Esa voz, desentendiéndose de su credo político, ha dicho al mundo el dolor de un pueblo, la tensión dramática de un pueblo que está viviendo el proceso de la más terrible dolencia humana: la guerra.

Esa voz, piensen como piensen los oyentes infinitos, dispersos y anónimos, habrá tenido un eco hondo de tristeza, de verdad, de solidaridad.

Porque esa voz hablaba, entre tantas mentiras convencionales del mundo, de una trágica, enorme, sangrante verdad. Esta: España vive y sufre una guerra. Ya es bastante. Ya es demasiado. Los pueblos todos, que viven con el temor a la monstruosa tragedia de la guerra, haciendo esfuerzos enormes por evitarla, habrán sentido en esa noche de fin de año todo el dolor, toda la significación de la guerra española.

Ahora mismo, en el mundo, aunque inquieto en paz en esa noche de fin de año, España es la excepción trágica. Ha sonado el cañón; millares de hombres están insomnes en las trincheras y en los parapetos, acechados quizá por la muerte.

Y el mundo, por la voz de un líder obrerista, de un representante del pueblo, ha sabido, en la hora de la fiesta solemne y universal, esta verdad dramática. Mientras el mundo celebra el nacimiento de un nuevo año, un pueblo—España—se está jugando trágicamente el albur de su destino.

Aurora del nuevo año sobre los campos devastados y las ciudades erizadas de armamentos. Doce palabras de rebeldía han caído sobre ellas. Nuncios de una nueva aurora de combate. La suerte de los hombres en los dados de la Muerte. Sermón laico que sustituye al holgorio tradicional. Momento de recogerse en sí mismo, de hacer el balance de la propia vida y acumular esperanzas ante el año que nace.

A pesar de todas las tristezas de la realidad, ¿quién no las atesora en su alma? El nuevo año será mejor, inevitable, fatalmente mejor para todos los que sufren, para todos los que anhelan. Sólo por ser el mañana, ya es mejor; porque en su perspectiva encierra el tesoro magnífico de la esperanza, consuelo y estímulo de todo esfuerzo humano.

Esperemos en el nuevo año. Nace tinto en sangre; pero sin ella y sin dolor no hay alumbramiento. Se desgarran las entrañas femeninas, entre espasmos agudos, cuando nace un nuevo ser. El parto de un ideal no es menos doloroso y dramático. El dolor purifica y justifica el aumento del mundo y el progreso de las ideas.

No podemos, no debemos felicitarnos de que España esté en ese trance, porque es a costa de vidas hermanas, de dolores que nos son propios. Pero acatemos como hombres este dolor, esta angustia de hoy, con el máximo respeto, con la máxima serenidad, porque ese dolor y esa angustia presentes son la promesa de los progresos fecundos, las conquistas y las victorias futuras.

¿Qué héroe popular recuerdas con más emoción?

UNA PREGUNTA DE "MUNDO GRÁFICO" A LA GENTE DE LA CALLE

El héroe sin nombre, las mujeres que hablan de Durruti y el "chaval" que recuerda a Antonio Coll



La defensa de Madrid está constelada de héroes populares. Muchos de ellos, con la muerte cara al enemigo, han pasado a la vanguardia de esa vida impercedera de la Historia que es la Inmortalidad. Sus nombres se han hecho carne de emoción general, y suenan ya, por derecho propio, en ese romance de loa al heroísmo que ha empezado ya a vibrar en todas las esquinas españolas. Otros, vivos o muertos, aun cuando su gesto—y su gesta—no haya adquirido la misma resonancia popular, tienen también derecho a un puesto preferente en la vanguardia del recuerdo impercedero. Unos y otros han grabado sus nombres en la emoción del pueblo de Madrid. Sin preferencias para unos ni para otros. Sencillamente con el avanzar anhelante en la atención que sigue paso a paso sus movimientos. Con la sencillez con que los héroes auténticos—pueblo con carne y alma de pueblo—levantan la cortina que separa al hombre sencillo del recinto de la Historia. Porque la Historia se hace así. El almanaque no sabe nada; pero un buen día se despierta con guarismos rojos para la fiesta de bengalas de la Inmortalidad.

El reportero ha preguntado a hombres y mujeres sencillas, de la calle, cuál es el héroe popular que recuerdan con más emoción en estos momentos. Y las respuestas de esos hombres y mujeres—corazones anhelantes en la lucha diaria—ha querido recogerlos con la más absoluta fidelidad.

Para su tranquilidad, el reportero cree haberlo conseguido.

1.—El arte, la muerte y el pueblo

Una chica guapa, con una estrella de cinco puntas bordada en el lado izquierdo del jersey: Ascensión Rey. Acaba de abandonar una «cola» para dirigirse a su casa. Junto a ella, un grupo de amigas contempla la cartelera de un cinematógrafo al servicio de la propaganda del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

—¿Un héroe popular? Emiliano Barral. Un hombre del pueblo y un gran artista.

Se para un momento, y luego hasta ensaya una frase que le sale muy bien:

—Un hombre del pueblo y un gran artista que hizo su mejor obra de arte muriendo por el pueblo.

Luego se va con sus amigas, y con aire de pájaro nervioso en su andar de madrileña.

2.—Elegir, elegir...

Un hombre con una chaquetilla blanca: Camilo Gutiérrez, dueño de un bar.

—La verdad, elegir un héroe entre tantos me parece imposible. Yo creo que todos los que luchan en la defensa de Madrid, desde el general al miliciano, merecen destacarse. Pero, en fin, si hay que decir uno...

(Una pausa para hacer memoria, para elegir.)

—Ponga usted el nombre de Durruti. Ese hombre admirable que vino de Barcelona para defender Madrid, y en Madrid encontró la muerte, merece no sólo la admiración, sino el agradecimiento de todos los madrileños.

3.—«Es tan modesto, que no doy su nombre»

Un miliciano: Salvador Ugarte. Comunista, perteneciente a la primera Brigada de la Columna Internacional. Nuestra pregunta no despierta sus cavilaciones. Rápidamente y con firmeza responde:

—¿El héroe popular que ahora recuerdo con mayor emoción? El comandante de mi batallón. Afectuoso con sus subordinados, enérgico en la disciplina, valiente en el ataque, modesto a la hora de las alabanzas... Tan modesto, que no te doy su nombre. Pero ponle como el héroe popular que más me ha emocionado durante la campaña.

4.—Un nombre y una hazaña de los que no se olvidan

Un niño. ¿Por qué los niños—ojos abiertos, asombrados, ante la nueva Historia—no han de poder enjuiciar

también ante los sucesos de cada día que llaman a la puerta de su naciente sensibilidad con recios alabanzos inolvidables? Juan Fernández. Un «chaval» vivo y alegre, hijo de nuestro compañero Juan Ferragut, con unos ojos amplios, a los que se asoma su afán de paisajes emocionales.

—No escribas. El nombre que te voy a decir es de los que no se olvidan nunca: Antonio Coll. Ese héroe popular fué el que inició la desgracia de los tanques facciosos. El que animó a nuestros milicianos a cazar a los monstruos como si fueran conejos. Esa hazaña es de las que no se olvidan nunca.

5.—Kleber y Durruti

Tres madrileñas guapas más: María Cesteros, Carmen Domínguez y Alejandra López. Las tres forman un grupo bullicioso que, ante nuestra pregunta, pega un rápido frenazo a la risa y se ofrecen al fotógrafo arropadas en seriedad. Ninguna de las tres vacila. Todas dan su nombre sin meditarlo mucho, como quien exterioriza de pronto una admiración largo tiempo sentida.

Una—María Cesteros—me dicta:

—Kleber.

Otra—Carmen Domingo—paladea las sílabas de este apellido:

—Durruti.

Alejandra está callada:

—¿Y tú, Alejandra?

—¿Yo? También estoy pensando en Durruti.

6.—El miliciano

A Julia González, una miliciana fervorosa de la causa que defiende, la acompaña una amiga, que no nos dice su nombre, pero sí el del héroe que recuerda con mayor emoción en el momento de hacerle la pregunta:

—¿Un héroe popular? El miliciano.

El nombre es lo de menos. Desde el 18 de Julio el miliciano está haciéndose día a día carne de estatua popular.

Julia González remacha esta afirmación de su amiga con un nombre de héroe modesto: que la modestia no quita la heroicidad:

—Pedro Molina, un miliciano socialista, que la noche de Navidad fué hasta las trincheras enemigas para llevar un poco de turrón a los que pelean engañados o aterrorizados. Pedro Molina dejó su convite junto a las trincheras del enemigo para que vieran allí cómo trata la República a sus defensores y porque le daba lástima de que los soldados del otro lado no tuvieran nada aquella noche.

7.—«Esa cantera de héroes...»

Un guarda-agujas de tranvías: Alejandro Iniesta Álvarez. Tampoco vacila a la hora de la evocación:

—Un héroe popular, no. Muchos. Todos los antitanquistas. Todos estos hombres admirables que han logrado domesticar a lo que parecía la fiera más feroz de la guerra. En los antitanquistas hay una cantera inagotable de héroes populares. Porque ahí están todos los que se han destacado hasta ahora y los que sienten el ansia de unirse al equipo de triunfadores que manejan la dinamita.

8.—Emoción y sobriedad

Otro miliciano: Julio Pérez. Comunista, del 5.º Regimiento. Un hombre de profunda sobriedad. Oye mi pregunta, y contesta rotundo:

—Cornejo.

Después se marcha, sin derrochar palabras inútiles.

ANTONIO DE LA SERENA

(FOTS. VIDEO)





El público ante los empleados de la Cruz Roja encargados de recoger las peticiones de información sobre personas ausentes



En las oficinas del Comité Internacional de la Cruz Roja no cesa el desfile de personas que quieren conocer la situación de sus familiares



Don Andrés Vizcaya, delegado en España del Comité Internacional de la Cruz Roja, expone a un redactor de nuestra revista la organización del servicio informativo de la Cruz Roja Internacional

Por mediación de la Cruz Roja Internacional puede usted tener noticias de la persona que le interesa

En la guerra de España está poniendo un acento profundamente humano la acción de la Cruz Roja Internacional. Entre el dolor y la crueldad, la gestión del alto organismo abre pausas de paz y de amor. Por encima de las fronteras abiertas por la guerra, la Cruz Roja lleva a los hombres, a todos los hombres, ese anhelo generoso y cordial que es tradicionalmente el alma de la institución.

Son muchos los españoles que conocen ahora el valor de la gestión humanitaria que viene realizando entre nosotros la Cruz Roja Internacional. Son varias sus actividades. Entre ellas, la creación de un servicio informativo, que está dando admirables resultados y que lleva a multitud de hogares españoles la tranquilidad. ¿Cuántas familias desconocen la situación de miembros suyos, ausentes cuando estalló la contienda, y que aún no han podido regresar al hogar? Hay muchas de esas familias fragmentadas, dispersas. Era tiempo de vacaciones. Había familiares que estaban disfrutando su permiso anual, que habían empezado sus días de descanso. Quizá los chiquillos habían marchado con una colonia escolar... A la inquietud primera se iban uniendo después, a medida que la guerra se alargaba y adquiría perfiles más dramáticos, nuevas inquietudes. El deseo de saber de los ausentes—ciudades sitiadas, campos destrozados, cañones, bombas de aviación...—se hacía cada vez más agudo, más angustioso. ¿Qué sería de los que estaban lejos, fuera del hogar?

La Cruz Roja Internacional quiso dar una respuesta a esta pregunta que palpitaba, anhelante, en tantos labios españoles. El entusiasmo y la capacidad de su delegado, don Andrés Vizcaya, acertó a crear un servicio de información, montado con arreglo a los más modernos procedimientos para esta clase de organizaciones. Los mejores propagandistas de la eficacia de este servicio son cuantos merced a él han logrado tener noticias de sus familiares ausentes. Todos los días se ve ante el hotel ocupado por este Comité de la Cruz Roja Internacional una fila de personas que van a formular su petición de noticias. No cesa el entrar y salir de gentes de toda condición. A la puerta, un guardia orienta a los visitantes. —Allí, en aquel despacho del fondo...

La organización interior es perfecta y clara. Hay un ritmo constante de máquinas de escribir, un acento de eficacia y sencillez en todo. En una primera sala, en torno a una gran mesa, unos cuantos empleados recogen la petición del que desea saber noticias. El peticionario da su nombre y dirección, el nombre y la dirección de la persona que le interesa y las noticias que desea recibir. Firma, además, una hoja, que será la que llegue hasta esa persona cuya situación se quiere saber. De esa hoja, con los datos citados, se hacen tres copias: una va a Ginebra, a la Oficina Central de la Cruz Roja, y las otras dos quedan en el archivo de la Delegación de Madrid, por orden numérico y alfabético.



El fichero del servicio de Información del Comité Internacional de la Cruz Roja (Fots. Vide)



Una de las oficinas del Comité Internacional de la Cruz Roja en Madrid

Esa hoja enviada a Ginebra es reexpedida después a Burgos, a la Delegación que allí tiene establecida el Comité Internacional. Se hacen las gestiones e investigaciones correspondientes, y las noticias conseguidas se transmiten a Ginebra, para que desde aquí se transmitan a Madrid. Y, recíprocamente, desde Burgos se envían a Ginebra solicitudes de informes sobre personas de Madrid. Madrid responde a ello, y desde Ginebra, otra vez, se transmite la respuesta a la persona interesada que viva en territorio no ocupado por el Gobierno.

—El procedimiento es lento—nos dice el delegado en Madrid—. Veinte días, veinticinco, treinta... Es una lentitud inevitable. Pero hemos conseguido llevar a muchas casas de España la tranquilidad por la suerte que hubiera podido correr algún familiar ausente.

—¿Han tramitado ustedes muchas peticiones de este género?

—Unas veinticuatro mil.

—¿Y de cuántas se ha logrado una respuesta?

—De unas diez mil, aproximadamente.

—¿Cuántas peticiones de informes han llegado a ustedes desde territorio no ocupado por el Gobierno?

—Doce mil, en las cuales hemos podido dar informaciones a unas siete mil. Las dificultades con que tropezamos en Madrid nacen de la mucha gente que ha sido evacuada y que se ha trasladado de unos barrios a otros.

A la puerta del edificio, una fila de personas aguarda el momento de entrar a formular su petición. Sobre la cima del hotel, una gran bandera de la Cruz Roja palpita en el viento. Se oye el zumbido profundo del cañón. Simbólicamente, sobre el dolor de la guerra, tiembla en la limpia mañana de invierno el alto penacho, tan lleno de amor humano, de la Cruz Roja.



DELEGACIÓN DE MADRID
CALLE ARBACAL, 55

Ref: 11004

Ficha de Investigación: DEMANDA

desea comunicar a

está en perfecto estado de salud y quisieran tener noticias. Dígase al

(FIRMA)

Louise



DELEGACIÓN DE MADRID
CALLE ARBACAL, 55

Ref: 11004

Ficha de Investigación: CONTESTACION

José Pérez Sillero

Barceloneta de la Coruña, 2; LUGO

CONTESTA a: Angela Pérez López, Moreno Nieto, Rafael, Concha y

"Aqui todos bien, incluso Rafael, Concha y

Adriano trajeto.

Las hojas de demanda y respuesta del servicio informativo de la Cruz Roja

COLABORADORES DE LA RETAGUARDIA

Un Parque de abastecimiento de gasolina

EN las guerras, no todos los heroísmos lucen atuendo espectacular, ni hacen vibrar gloriosamente los clarines de la fama. Hay también—y no son menos abnegados y fecundos—héroes humildes y callados, hombres que en la realización de una labor con frecuencia obscura ponen tanta resuelta voluntad y tan útil esfuerzo como el combatiente más disciplinado y experto.

Los servicios de retaguardia exigen no menor tensión, cuidado y eficacia que las acciones puramente bélicas.

En la complicada organización de la guerra trabajan legiones de hombres en servicios de vital importancia, básicos para el desarrollo de la contienda.

La gasolina es en la guerra moderna un arma de combate excepcional; líquido precioso, tan indispensable a todo el dinamismo de las máquinas bélicas como la sangre para el cuerpo humano.

La gasolina es en la vida de hoy tan valiosa como oro líquido.

Ese tesoro exige por parte del Estado una vigilante administración, una complicada sed de abastecimiento y distribución, que va desde altos organismos técnicos a los modestos servidores de los aparatos surtidores. Sobre todos gravita una gran responsabilidad, porque la gasolina, como elemento de guerra, tiene tanta importancia como las municiones.

Hemos visitado uno de los puestos en que las necesidades de la contienda han centralizado la distribución de gasolina.

Al frente de ella actúan como responsables José Collar y Ernesto Serrano. Quieren modestamente rehuir, al igual que sus compañeros de trabajo, toda publicidad. La discreción les veda dar detalles sobre la importancia del Parque, la cuantía de los depósitos y la manera de abastecerlos. Ciertamente, bajo los vuelos de la aviación enemiga, un convoy de tanques de gasolina sería un objetivo codiciable.

—El Parque está de servicio permanente, destinado al aprovisionamiento de todos los Parques y servicios del Estado Mayor de Guerra: convoyes de armamentos, ex-



Uno de los más eficaces servicios de la retaguardia es este de la gasolina

pediciones de fuerzas, caravanas de víveres para los frentes, se surten en este Parque.

En cada jornada el personal de turno despacha cantidades superiores. La gasolina no se sirve sino con autorización documentada del Estado Mayor y para los servicios de guerra. El aprovisionamiento de los vehículos de servicio civil se hace en otros Parques.

La tarea, a veces abrumadora por la urgencia, se realiza con bien poco personal, muy capacitado, veterano y muchos de ellos en asuntos de autotransporte.

Y diríase que esta labor anónima no tiene más significación que la de un trabajo rutinario y corriente, con las únicas penalidades consiguientes a tenerse que realizar a la intemperie. Pero la guerra en todo pone dramatismo, y la colaboración más sencilla en ella entraña un riesgo evidente.

Héroes anónimos, combatientes cívicos, colaboradores inapreciables de la causa popular, tiene muchos el autotransporte: unos, estos servidores de los Parques, que realizan un intenso trabajo; otros, mecánicos y conductores que cada día se juegan la vida en los frentes conduciendo vehículos cargados de fuerzas y material; muchos, que para abastecer de gasolina a las vanguardias se lanzan audazmente por los caminos con los enormes camiones-depósitos llenos de combustible bajo el fuego enemigo.

Servidores de la causa popular que merecen la gratitud de todos por sus abnegaciones decididas, por sus heroísmos callados, y que en su día serán dignos también de los mejores homenajes.

Este número ha sido visado por la Censura



Los servidores de uno de los puestos de gasolina de Madrid

La vida y la muerte del "Tigre Chino"

EL "GANGSTER" DE ORIENTE QUE QUISO ASISTIR A SU PROPIO ENTIERRO

otras iniciativas también realizadas—una banda de «quebrantadores de huelgas». Esta banda se encargaba de restablecer el orden cuando había tumulto en las empresas industriales.

Un rapto misterioso y sensacional

Hace dos años, un suceso sensacional emocionó a la colonia americana de Swatan. Un ingeniero americano que realizaba trabajos en Hong-Kong recibió un día la visita de su hija, una bella muchacha de veinte años, que había venido de Chicago en compañía de su prometido. Durante un paseo en barco, los tres americanos trabaron conocimiento con un *gentleman* de tipo correcto, que se expresaba con una gran gentileza y que reflejaba en sus palabras un profundo conocimiento de las cosas del país.

Regresaron, después de este paseo, los tres americanos a la ciudad. El ingeniero y su hija entraron en su *bungalow*. Después de cenar, se retiraron a sus estancias respectivas. Muy poco tiempo después, dos desconocidos penetraron en la alcoba de la muchacha, la cloroformizaron y la llevaron cuidadosamente oculta.

Se iniciaron pesquisas, en las que colaboraron todos los policías de aquella zona china. Nada delataba a los raptos.

El «Tigre Chino» se retira y muere

Ciertos indicios, por fin, llevaron a la Policía a sospechar de Pittersheag. Sin embargo, una vez más, él supo mostrarse más astuto que la Policía, y llegó a desvanecer y confundir todas las pistas.

Tras este suceso apasionante, Pittersheag fué cada vez dando menos que hablar. Bien pronto se empezó a comentar que el bravo pirata estaba atacado de una enfermedad que no perdona. En efecto, en los primeros días de Octubre se supo la noticia de su muerte.

Lo imprevisto

Cuando el fúnebre cortejo atravesaba los arrabales de la ciudad, en dirección ya al cementerio, estalló una violenta disputa entre los admiradores y los enemigos del *Tigre Chino*. Surgieron pistolas y cuchillos. Se oyeron tiros, dominados bien pronto por el tic-tac terrible de las ametralladoras.

Acudió la Policía para poner orden en la revuelta producida en el entierro del famoso bandido. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir en el suelo, entre los muertos de la jornada, el cadáver del *Tigre Chino*! ¿Cómo podía ser que el cadáver estuviese, al mismo tiempo, muerto de una enfermedad, en el féretro, y acribillado a balazos, sobre el suelo?

Las pesquisas policíacas no tardaron en aclarar lo ocurrido. El muerto transportado al cementerio no era Pittersheag, sino uno de los más fieles componentes de la banda, muerto, efectivamente, de enfermedad.

El jefe de la banda había recurrido a esta superchería para asegurarse una vejez apacible y tranquila, y poder gozar serenamente de la fortuna lograda en sus años inquietos.

El *Tigre Chino* no había podido, sin embargo, resistir a la tentación de asistir, cuidadosamente disfrazado, a su propio entierro. Pagó con la muerte su extraño y macabro capricho.



El ingeniero y su hija habían encontrado en el barco a un hombre elegante y fuerte que les hablaba con perfecto conocimiento de las cosas del país...

Una lucha de piratas y dos muertos en el suelo

Fué hace poco, en los arrabales del puerto chino de Swatan. Una noche estalló una violenta discusión entre dos grupos de una misma banda de piratas. De las palabras agrias se pasó a los hechos. Empezaron a sonar los tiros. La gente corría en todas direcciones.

Llegó, al ruido del tumulto, la Policía. Los que habían combatido hufan. Sobre el suelo quedaba media docena de cadáveres. Dos de los muertos eran blancos. En uno de ellos los agentes reconocieron al famoso *Tigre Chino*, el más popular y temido pirata de los mares de China.

Quién era el «Tigre Chino»

Para que un blanco pueda adentrarse en los bajos fondos amarillos es preciso que sea tan tenaz como un japonés, tan astuto como un chino, tan vigoroso como un boxeador negro. El *Tigre Chino* llenaba todas estas condiciones. Era ágil, listo y fuerte.

Su verdadero nombre era el de John Pittersheag, olvidado ya por aquel apodo del *Tigre Chino* con que todos le conocían.

Era de origen alemán. Había servido como oficial en el Ejército, antes de la guerra, hasta el día en que durante una pendencia hirió mortalmente a su mejor amigo, por lo que hubo de salir huído hacia otras tierras.

Quiso introducirse en los ambientes de los bandidos chinos y tuvo un éxito completo. Tenía para ello condiciones magníficas. Su carrera fué rápida y triunfal. Los chinos, cuya xenofobia es bien conocida de todos, habían, sin embargo, simpatizado extraordinariamente con este *gangster* oriental. El merecía cumplidamente estas simpatías. Nunca Pittersheag atacaba a los barcos de los comerciantes chinos. Sus golpes de mano iban siempre contra los hombres blancos. Además, él sabía siempre estar en excelentes relaciones de armonía con las autoridades chinas.

El pirata, hombre de negocios

Cuando, hace unos tres años, los japoneses emprendieron la «limpieza» rigurosa de las aguas y los puertos ainos, John Pittersheag vendió sus barcos—tenía ocho—adquirió un cierto número de establecimientos de placer, cuya «dirección» confió a algunos de sus amigos, antiguos compañeros suyos en asuntos de piratería.

Prosperaban sus negocios. Había organizado—entre



Entre los muertos en la refriega vieron, con asombro, que estaba el propio «Tigre Chino»...

(Dibujos de Bayo)

PANTALLA DEL MUNDO

El «record» de la transpiración

Estados Unidos continúa siendo el país de los Concursos extravagantes. Hace poco se celebró en Miami, la playa de moda de Florida, un Concurso pintoresco y original, nueva prueba de ese espíritu de audacia y de novedad que nadie ha arrebatado todavía a Norteamérica. Se trataba de conceder el título de campeón del mundo de la transpiración. Y se lo disputaban treinta y un candidatos. La prueba duró dos horas, nada menos. Y al cabo de ese tiempo, el Concurso fué ganado por un abogado de Miami, una verdadera montaña de carne, con un peso que se acercaba a los ciento cincuenta kilos.

En China hay ya mujeres policías

Como algunos otros países, China ha decidido también tener su Cuerpo de Policía femenina. La municipalidad de Shanghai ha formado una brigada de mujeres agentes. Estas, en número de cuarenta, están mandadas por la señorita Wu Yu Mei. Esta muchacha, que sólo cuenta diez y nueve años, tiene ya en su haber de policía la detención de nueve bandidos. Viviendo con su padre, que es propietario de una casa de té, Wu Yu Mei acudía voluntariamente a ayudar a la Policía. Así, detuvo, sola y sin armas, a aquellos nueve peligrosos delincuentes, que operaban en distintos barrios de Shanghai.

Guerra de razas

Una guerra de razas ha estallado. No hablan de ello los periódicos; pero la lucha existe, terrible y sin tregua. La guerra es entre las ardillas rojas y las ardillas grises, en las selvas del Canadá. Las rojas, más fuertes y más diestras, han ocupado ya todo el Canadá, y después el Norte de los Estados Unidos. Las grises huyen hacia el Estado de Nueva York, y sólo ofrecen al invasor una débil resistencia. Las rojas tienen un procedimiento que les da siempre la victoria: la gran ardilla roja salta sobre la espalda de la ardilla gris desde una altura de cinco o seis metros, la derriba y la castra con sus dientes puntiagudos. Toda una raza queriendo exterminar a la otra.

Los macabros paquetes postales de Birmania

Hay en la Birmania septentrional costumbres extrañas, de un raro sabor de raza. Los birmanos no tienen ningún respeto a la vida humana. En cambio, mantienen profundamente el culto a los muertos. Hasta tal punto, que todo birmano culpable de un crimen se impone a sí mismo el deber piadoso de decapitar a su víctima y de enviar la cabeza a sus familiares, a fin de que el muerto pueda recibir de este modo los honores fúnebres.

De acuerdo con ello, tras un violento combate habido últimamente entre tribus del Norte de Birmania, el jefe de los vencedores hizo con la cabeza de su adversario, Bil Khwal, un paquete, que confió al servicio postal. La macabra costumbre impresionó, como era lógico, al jefe de Correos británico, que, ante el hecho, publicó una circular, a la que pertenecían estas palabras:

«Yo no discuto a los familiares de Bil Khwal su derecho a poseer el trofeo que les han enviado sus enemigos; pero lo que no admito es que se usen los paquetes postales para el envío de esta clase de objetos, no previstos en nuestro reglamento.»

La guerra más corta en la Historia del mundo

La guerra—su recuerdo y su temor—llena casi el comentario mundial. Con ocasión de esta emoción bélica que pasa otra vez por el mundo, se ha recordado ahora una guerra que es, seguramente, la más corta que la Historia registra.

Hace cuarenta años, en Agosto de 1896, el sultán de Zanzíbar declaró la guerra al rey de Inglaterra. Después que la declaración de guerra fué transmitida a Londres, un crucero británico, que se encontraba a lo largo de Zanzíbar, recibió la orden de bombardear el palacio del sultán. La orden fué ejecutada, y el crucero hundió igualmente al único barco de guerra del enemigo, en el mismo puerto de Zanzíbar en que estaba anclado.

Treinta y siete minutos exactamente después de la declaración de guerra, el sultán emprendió la huida, y una bandera blanca fué izada en lo alto del palacio. La guerra había terminado. Es, sin duda, la más corta en la Historia del mundo.

Cuarenta mil dólares por un sello

Mister Gerard Beekman es un gran coleccionista de sellos, atento siempre a toda novedad filatélica, a la rebusca de

Cuando la señora Simpson era colegiala



Dos curiosos retratos de la señora Simpson — la mujer por la que Eduardo VIII ha renunciado a la corona —, hechos cuando la dama, hoy célebre en todo el mundo, no era más que una colegiala en Oldfields, en el Estado de Virginia, hacia 1913

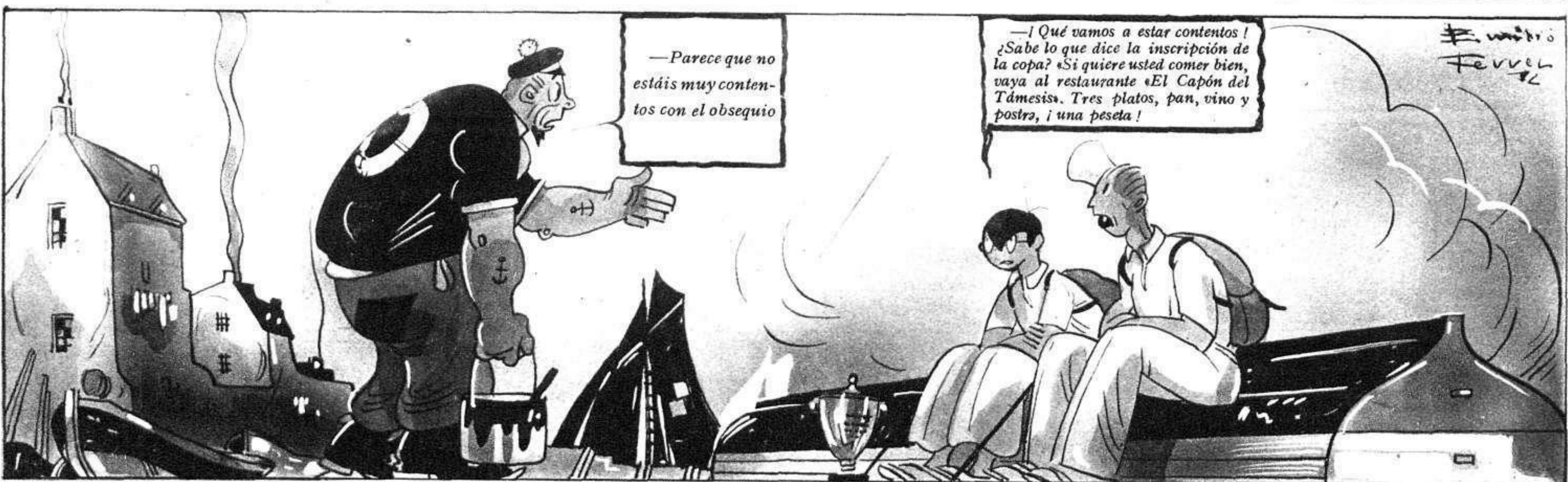
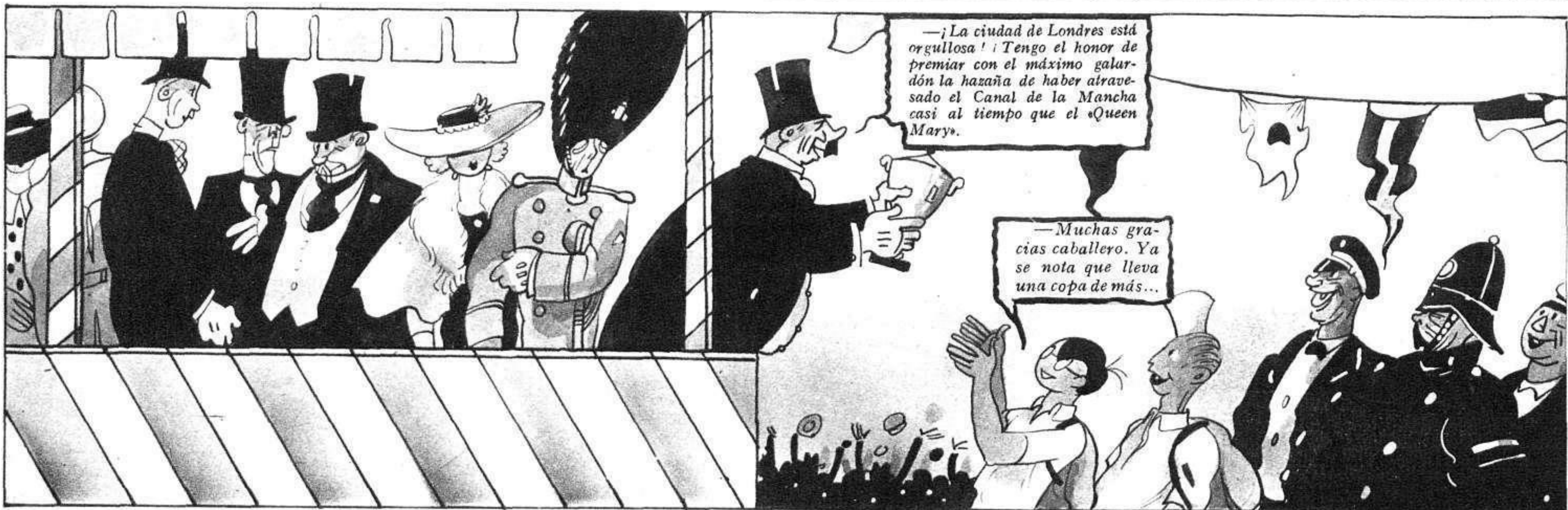
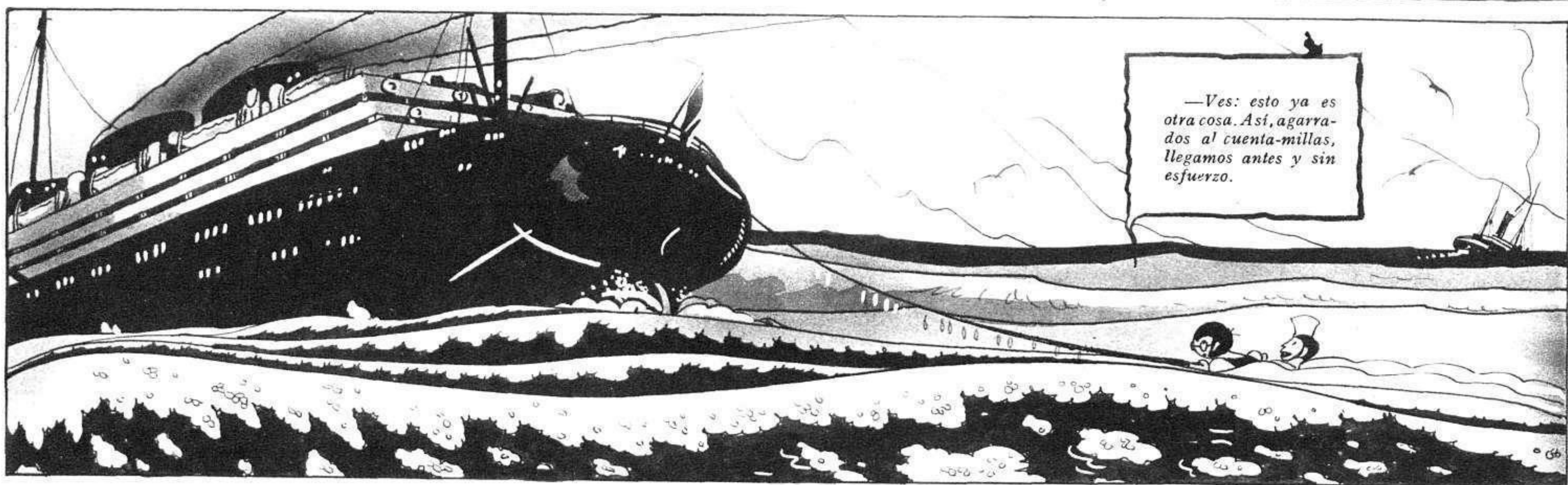


En estos otros dos retratos, la prometida del ex rey aparece junto a dos compañeras de colegio, en la misma escuela de Oldfields, hace ya algo más de veinte años. La señora Simpson, simple colegiala entonces, no era aún la señora Simpson: era, nada más, la señorita Wallis Warfield, estudiante en un colegio americano...

timbres viejos y raros. En el Congreso de filatelistas ahora celebrado en Cleveland, M. Gerard Beekman presentó una original proposición: que entre todos los filatelistas de los Estados Unidos se hiciese una suscripción con objeto de reunir los cuarenta mil dólares que son necesarios para la compra de un sello verdaderamente excepcional. Se trata de un rarísimo ejemplar de un sello que fué emitido en la Guyana británica hace ochenta años.

El sello se encuentra en la colección de M. Arthur Hind, y M. Beekman, como todos los filatelistas patriotas de los Estados Unidos, temen que pueda ser vendido algún día al Extranjero. «Para evitar esta desgracia—ha dicho M. Beekman—, son necesarios los cuarenta mil dólares que pide el propietario del sello. Si pudiéramos conseguir alcanzar esta suma, donaremos el sello al Instituto Smithsonian, de Washington, de donde ya no saldrá nunca.»

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL MAESTRO

LOS MILICIANOS ANTE LA CASA DE GALDÓS

Por el hotelito de la calle de Hilarión Eslava, donde se nos quedó muerta hace diez y siete años la pluma de San Quintín y de Zaragoza, pasa en este 4 de Enero, en que se cumple el aniversario del épico estruendo de otro «Episodio Nacional». El «episodio»—uno más, aunque aventajando en sus proporciones y en su proyección histórica a cuantos conmovieron la entraña española en sus luchas de un siglo por las libertades populares—que sólo aquella pluma hubiera sabido escribir.

No se podía olvidar a Galdós. Pero su ausencia se nos ha hecho más sensible desde que rugen sobre España las cóleras de la Revolución y la guerra. Y hemos de ir a buscarle donde le vimos por última vez.

La calle de Hilarión Eslava era ya entonces buen lugar galdosiano: desmontes que acaso habían visto la niñez desvalida y triste del doctorcito Centeno, pequeño comercio de arrabal, un asilo de huérfanos y una vecindad de menestralía pudiente, militares retirados y viejas pensionistas que acudían cada tarde al rosario en el Buen Suceso.

Diez y siete años antes, cuando Galdós se nos murió, cuando se nos quedó muerta en su mano la pluma de los «Episodios», fué como si todo el galdosianismo del lugar se nos hubiera empezado a morir también. Y sobre los desmontes se alzaron edificios que aplastaban la expresión arrabalería del barrio. Y el pequeño comercio y los vecinos menestrales fueron poco a poco dejándose empujar más allá.

Pero ahora el «Episodio Nacional» que no ha podido escribir aquella pluma rehace la calle de Hilarión Eslava con la mejor arcilla galdosiana. La guerra y la Revolución han vaciado el barrio hasta sus cimientos. Y de la tierra removida, como de viejas tumbas abiertas, se levantan los personajes de Galdós en cada uno de los milicianos que, arma al brazo y tesón liberal en el corazón, trazan un ademán popular heroico ante el hotel de don Benito, del que parece que nacieron por prodigio creador de la pluma que aun después de muerta hubiera podido seguir escribiendo.

¡Milicianos en la casa de Galdós! Viéndolos hay que pensar en aquellos personajes en busca de autor, de Pirandello. Porque es como si estos milicianos, al detenerse ante el hotel de don Benito, estuvieran buscando a Galdós para hacerse creación galdosiana en un desesperado anhelo de superrealidad.

Hay uno que guarda en su pobre vivienda de artesano la colección completa de los «Episodios».

—Fuí comprando, uno a uno, en mucho tiempo. Cuando podía gastarme seis reales o siete, en librerías de «usados»... O en los puestos del Rastro o de la Feria de la



El lunes se han cumplido diez y siete años de la muerte de nuestro glorioso don Benito Pérez Galdós. La figura del gran escritor adquiere, al calor de aquella fecha, un más profundo sentido. Galdós llevó a su obra un hondo aliento popular, una viva y caliente entraña española. En los hechos y las figuras de esta lucha civil, don Benito hubiera encontrado también una magnífica cantera para unos cuantos nuevos «Episodios Nacionales»... (Fots. Albero y Segovia)

Cuesta de Claudio Moyano...—dice—. Algunos tomos no estaban muy *cuidados*... Pero frotando las hojas con miga de pan, para limpiarlas, y pegándoles a los lomos unas tiras de papel de envoltura, no se conservan mal. Hace dos años que estuve una temporada *parao*; me ofrecían por la colección siete duros. Fué cosa de la mujer, que ya no tenía qué llevar a empeñar, y me quería cambiar la biblioteca por dinero *pa* ir saliendo adelante. Pero se salió entonces como se pudo, sin tener que separarme de aquellos libros. Ni me separaría de ellos por nada. Sólo en ellos se aprende más que en una escuela.

Todos los milicianos que se agrupan ahora ante el hotel de don Benito conocen a Galdós.

—Me sé su biografía muy bien—asegura con firmeza Alfonso Gómez, cincelador de oficio y hoy alistado en las Milicias de la Casa del Pueblo.

—He leído todos sus «Episodios». Y *La familia de León Roch*. Y *Marianela*...—añade.

José Molino, otro miliciano de la Casa del Pueblo, cree que ningún escritor español, como Galdós, ha levantado tanto la ambición liberal de las clases trabajadoras.

Se evoca bien entre los milicianos a Galdós. Tan bien, que parece que a la evocación va a abrirse, conmovida, la puerta del hotelito, y el propio Galdós va a asomarse hasta sus dinteles al encuentro de estos vivientes personajes suyos. Pero la puerta sigue cerrada, infranqueable aún para el respeto popular, al que un cartel, acaso demasiado escéptico, confía la custodia del edificio. Abierto hubiera estado mejor. Y si pudiera, la propia mano de Galdós habría arrancado el cartel y dado franco paso a los milicianos, como criaturas suyas, vivas, que son, hasta donde su pluma muerta descansa de haber dado vida a tantas criaturas iguales.

José ROMERO CUESTA



Algunos de los milicianos que hacen guardia ante la casa de don Benito

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Viejex prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursoras de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas **TREVIJANO**

Señora: **PERLAS FEMI** **RECUERDE MENSUALMENTE**
SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD
DE VENTA EN FARMACIAS

Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona



EL CHIQUILLO QUE NACIO MIENTRAS EL PADRE COMBATIA

He aquí al capitán Villoria, del batallón F. E. T. E., recibiendo en la Comandancia de uno de los frentes madrileños la visita de su esposa, Dolores Cifol—también maestra nacional—, que le lleva el chiquitín nacido mientras el padre estaba combatiendo

(Fot. Albero y Segovia)